

cierto ajuste de cuentas, reclama más colaboración y comprensión entre los dos países.

A pesar de la añoranza, Alfredo Taján tiene muy claro que «de la patria ni siquiera los símbolos» como diría Borges, y no duda en sostener que tanto la clase política, como el peronismo y, en parte, los propios argentinos han hecho caer al país en la crisis. Pero el autor de *El pasajero* sabe, además, como el protagonista, que aunque vuelva a Madrid regresará a Argentina porque «ni él ni su país podían evitarse».

La conspiración de la fortuna, Héctor Aguilar Camín, Planeta, Barcelona, 2005, 262 pp.

A Aguilar Camín (Chetumal –México– 1946) se le nota el oficio de periodista e historiador en este libro de estilo nítido y limpio que, además de combinar la investigación periodística (de hecho, la novela está basada en datos reales recogidos a partir de recortes de prensa), el análisis político y la fábula, omite, conscientemente, el nombre del narrador de la historia para contarnos un relato eficaz a pesar de la compleja trama que plantea y, sobre todo, creíble.

Aunque el tema del poder ha sido tratado por casi todos los escritores latinoamericanos consagrados, sigue ejerciendo una irresistible fascinación: Aguilar Camín lo retorna a través de un personaje intenso, resentido y desahogado que sólo buscará la revancha por no haber conseguido la presidencia de su país. El autor de *Las mujeres de Adriano* ofrece un retrato de la política mexicana no sólo como un carnaval, sino como una invención para que los hombres «den rienda suelta a sus bajas pasiones» en una realidad siempre insatisfactoria y en un mundo que es moralmente imperfecto. Como parte fundamental de la política, Aguilar Camín sitúa otro poder, el de los medios de comunicación, concretamente, el de la prensa que, en un medio corrupto y sobornable, se vuelve miserable, mafiosa y aliada del poder en una servidumbre múltiple. Así, los periodistas son «como una manada de perros amaestrados, incapaces de buscar su propio alimento» que, incompetentes para practicar la investigación periodística por ser menos rentable, no dudan en utilizar como información veraz «los soplos del poder enemigo».

No obvia Aguilar Camín el delicado problema del peso de la influencia de los narcotraficantes en Latinoamérica y advierte sobre la posible autonomía de estos

como poder paralelo al del Estado. El escritor sostiene que aquel ha sido rebasado por el narco en ciertas ciudades y sustituido por el narco en ciertas calles y barrios de esas ciudades. De ahí que el autor de *La guerra de Galio* sea firme partidario de «la legalización mundial de las drogas» porque, quizás, de ese modo se eviten las víctimas inocentes cuando la violencia es legal. La elección de la antítesis como recurso literario (codicia / solidaridad; dispendio / ahorro; amor / promiscuidad; paz / violencia; campo / capital; destruir / crear; amistad / rivalidad; traición / lealtad), hace más patente no sólo las contradicciones del sistema, sino la dificultad de vivir en un espacio convulso en el que, a pesar de que la fortuna no deja de conspirar, aquellos que quieran pueden encontrar una salida noble y salvadora a través del amor.

La traición de Borges, Marcelo Simonetti, *Lengua de trapo*, Madrid, 2005, 221 pp.

Marcelo Simonetti (Valparaíso—Chile— 1966), deja patente en esta novela, ganadora del VI Premio Casa de América, el peso de Borges en la literatura y, más concretamente, en Chile. No oculta el

autor su admiración por Argentina y, sobre todo, por tres argentinos: Borges, Cortázar y Maradona, que aparece en la novela sin acabar de perfilarse. Como cuenta el novelista, los tres «entraron sin pedir permiso, en un acto de complicidad que agradezco. Había entre ellos y yo cierta familiaridad. A Borges y Cortázar les había leído con entusiasmo. Había caído de rodillas ante *El Aleph* y con *Carta a una señorita en París*, tuve la sensación de que el mundo podía tener otras formas de ser contado. Maradona, me dio en mi Valparaíso natal los mejores momentos frente al televisor y un modelo a seguir cuando corría tras la pelota. Siempre anhelé una noche de bar con los tres y como el azar hizo imposible ese anhelo porque se llevó antes de tiempo a Georgie y a Julio, tuve que inventarme el resquicio de juntarlos en un libro».

Es, sobre todo, Borges el que está omnipresente en estas páginas con sus manías, tics, obsesiones, amigos (Bioy Casares, las hermanas Ocampo, Sábato, Cortázar ...) y con sus libros, gracias a la decisión que toma un mediocre actor chileno de hacerse pasar por Borges cuando se entera de que el autor de *Ficciones* ha muerto en Ginebra el 14 de junio de 1986. La impostura, de éxito breve, permite que volvamos a los

textos borgianos o borgeanos, a veces, alterados y manipulados cuando la memoria del impostor falla.

Marcelo Simonetti no sólo constata la inmensa tristeza que provocó la muerte de Georgie, nombre con el que llamaba a Borges su familia, sino la tristeza y el vacío irrecuperables que dejó en muchos. Simonetti reconstruye datos de la biografía del escritor argentino y no duda en atribuirle un erotismo lleno y un afán aventurero, ni en censurar y dejar mal parada a su mujer María Kodama. Como telón de fondo, una Argentina abúlica, sólo convulsionada y afectada por la conquista de la Copa del Mundo de Fútbol gracias a otro icono argentino: Diego Armando Maradona, que alienta la esperanza de muchos al hacerles pensar que se puede llegar a ser gloria nacional a pesar de la miseria. Una Argentina, muy alejada del esplendor cultural de los años 50, en la que irónicamente la música del tango y de Piazzola nos recuerdan que «Vivir es una actividad incierta» y la felicidad algo imposible de conseguir. Novela que, además de homenajear a Borges, persigue, ayudándose de la ironía y la narración en tercera persona, el anhelo de entender la inmensa personalidad de un escritor universal.

Personajes desesperados, Paula Fox, *El Alephi*, Barcelona, 2005, 175 pp.

Nacida en New York en 1923, Paula Fox cuenta con una biografía dolorosa en la que el abandono de sus progenitores,— nada más nacer, y la carencia afectiva, explican el empeño y tenacidad de esta escritora para averiguar por qué su nacimiento y existencia supusieron una desgracia para su madre. Por si no fuera suficiente, no sólo ella misma tuvo que renunciar a su hija, sino que es más conocida como autora infantil, incluso recibió el premio Andersen en 1978, cuando la novela que ahora comentamos, ya estaba publicada. Ignorada durante décadas, hoy es considerada una de las mejores escritoras americanas gracias a los elogios que le han prodigado escritores como Jonathan Franzen, David Foster Wallace o Jonathan Lethem.

Personajes desesperados reflexiona en tomo al dolor, sentimiento bien conocido por la autora, de manera metafórica a partir de una incidente anodino y cotidiano: el mordisco que propina un gato callejero a Sophie cuando le está dando de comer. A partir de este hecho, el suspense empapa la novela: el lector no sabrá si la protagonista contraerá la rabia, si el gato será liquidado

en el lugar en el que está siendo analizado, si la pareja se divorciará... Todo es una incógnita en esta inquietante y sutil novela que aborda el tema de las emociones para hablar de decepción y distanciamiento afectivo. De esta manera, la supervivencia y agresividad del gato (paralela a la humana), la casa como refugio, la basura que inunda las calles y el deterioro urbano son metáforas que remiten a la decadencia, no sólo en la que viven los protagonistas, sino de toda la sociedad americana de finales de los 60 con sus calles llenas de mendigos y residuos, casas desvencijadas y gente sin objetivos que tratan de vivir como si no sucediera nada. Vidas banales, aferradas a lo material y al éxito. Ningún personaje tiene amigos íntimos, tal es la desconfianza y la necesidad de esperar lo peor del otro para que así nadie defraude. Este pesimismo demolidor da sentido a la cita que de Thoreau hace uno de los personajes cuando alude a «la callada desesperación de la vida» de unos seres que no saben cómo vivir.

La autora conoce de primera mano aquello sobre lo que escribe: desolación, decepción, fracaso, soledad, mentira, fatalismo y la decadencia de Occidente, evidente en la incomunicación perso-

nal; pero lo hace sin estridencia, ni dramatismo, lo que contribuye a agudizar el terror contenido en estas páginas. Novela de insólita perfección estilística, de silencios y elipsis, de acertada contención expresiva, en la que lo más sorprendente es lo que transpira cada línea, lo que se ha callado pero que está ahí explicitando y potenciando la tensión emocional gracias, también, a la dosificación del suspense y a la creación de atmósferas inquietantes, en su mayoría claustrofóbicas, de unos espacios que se contaminan, igualmente, de desilusión y adquieren «ese color neoyorquino de desesperación».

Visión pesimista, no podía ser de otra manera, de toda una sociedad desintegrada, estragada y viciada por la mentira. El escepticismo y fatalismo de Paula Fox, suponen una búsqueda, una salida a la certidumbre de que la adaptación conyugal y emocional pueden corromper —de ahí las constantes referencias a la suciedad de las calles de la ciudad—, búsqueda que, además, otorga una consistente solidez a la estructura narrativa. Una lúcida y justa visión de la sociedad americana a la que la autora fustiga y censura sin piedad.

Milagros Sánchez Arnosi